

© 2022, Lydia A. Benavent
© 2023, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Carolina Bensler

Primera edición: Febrero del 2023

ISBN: 978-84-19467-14-0
Depósito legal: B 2383-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Lydia A. Benavent

Bellum

*A mis yayos: Isabel y Pepe.
Sois mi primer y último pensamiento.*

Capítulo 1



La reina ha muerto.

La reina había muerto y del cielo caían estrellas. Solo que no eran estrellas. Eran bolas de fuego verde que se extinguían antes de alcanzar la superficie. Un símbolo del luto de Eter.

—Mi lady, las sacerdotisas la esperan.

Retiré con suavidad las gasas de mi vestido y me levanté con una extraña mezcla de desasosiego y determinación.

Las sacerdotisas aguardaban en la cima del monte Lymphus, que se alzaba salvaje, desafiando a los Cuatro Reinos, imponiendo su presencia como un guardián de la paz o como un padre afectuoso.

Deslizando el pulgar por mi frente, hasta crear un cuadrado perfecto, convoqué un hechizo para transportarme directamente a lo alto del monte, hasta el Oráculo.

Llevaba días esperando su llamada. Las noticias que me revelaría serían definitorias para el futuro del reino y, por tanto, para el mío.

Al salir del portal, el viento frío de la montaña me azotó la cara, dificultándome avanzar hacia el grupo de columnas que custodiaban la entrada.

El templo destellaba con la luz blanca del nácar, como diminutas escamas de sirenas albinas. Un pequeño edificio circular, sin paredes, sostenido por gruesas columnas que resguardaban el altar de las corrientes.

Caminé erguida, a pesar de los envites del viento, hasta traspasar la entrada, y me empapé de ese aire de suficiencia y confianza que con los años había llegado a fingir tan bien.

Antaño eran muchas las sacerdotisas. Ahora solo tres.

Estaban cogidas de la mano, cerrando un círculo alrededor del altar manchado de sangre. El aire sabía a hierro y azufre.

Eran las mujeres más antiguas de todo mi planeta. El planeta original, rico en recursos naturales, el que alber-

gaba la fuente más poderosa de todo el sistema: el Sauce. Su savia concedía años de vida a quien la bebiera. A cambio, el árbol no pedía sacrificio alguno, tan sólo se quedaba con una parte de la vitalidad del alma del bebedor. Así, la naturaleza se aseguraba de que el ciclo de la vida no quedara interrumpido, a pesar de todo.

Más años, a cambio de un alma cada vez más envejecida.

Las sacerdotisas se soltaron de las manos y se volvieron hacia mí. Me enderecé. El brillo encerado de sus facciones era un reflejo de todos los años que habían robado a la muerte.

—Mi lady. —saludó la sacerdotisa de pelo plateado.

No se inclinó. Eran las únicas con ese privilegio.

—Me han comunicado que tenéis noticias —dije sin más preámbulos.

—Sabemos quién es la heredera que os sucerderá en el trono —soltó la mujer de la derecha, de pelo rojo como el fuego.

Me esforcé por no demostrar lo que suponían para mí esas palabras.

El Oráculo era el encargado de señalar a la próxima heredera al trono y siempre escogía a la joven idónea. Fuera quien fuera. Se encontrase donde se encontrase. Sin embargo, en ocasiones excepcionales, también había optado por la descendiente de alguna reina. Aunque esta era siempre la excepción. Escaseaban las mujeres con el poder de dar a luz.

Cuando aún era una niña, Patme, la difunta reina de Eter, fue a buscarme. No recordaba nada de mi vida antes de ella, ni el planeta del que procedía, ni a mis propios padres. Tan solo sabía que el día en el que ella me encontró todo cambió para mí.

Nadie sabía exactamente qué buscaba el Oráculo, qué cualidades consideraba más importantes, cuál era el carácter que debía tener una reina para gobernar un planeta entero...

Yo, al menos, no tenía la menor idea de por qué me había elegido.

Traté de disimular mis emociones de las miradas indiscretas de las sacerdotisas, pero me di cuenta de mi estrepitoso fracaso cuando una de ellas dijo:

—Espero que sepáis anteponer los planes del reino a vuestros sentimentalismos.

La fulminé con la mirada.

—Y yo espero es que empecéis a rezar con más ganas. Lo que hacéis no parece servirnos de mucho.

—Nuestras plegarias son solo para el reino, mi lady.

Mi lady, no mi reina. La coronación aún no se había celebrado. La tradición decía que debía llevarse a cabo tres días después de la visión: tenía que haber una heredera antes de que la anterior fuera coronada. Y las tradiciones se habían convertido en algo realmente importante para un planeta que vivía del esplendor de los días pasados.

—¿Dónde está la niña? —espeté, sin ocultar mi desdén.

—Ese es el problema —contestó la de pelo plateado. Su rostro mostraba la misma indiferencia que el de sus hermanas.

Fruncí el ceño, confundida. Era yo quien debía ir a por la niña. Personalmente. Por tradición, en parte, pero también por algo más. Algo antiguo, un vínculo que solo podían apreciar las reinas, un lazo perceptible entre la que reina y la que reinará, como dos caras de una misma moneda. En definitiva, yo era la única que podía identificar a esa niña y ni siquiera el Oráculo podía hacerlo con ese grado de seguridad. Tan solo podía señalar datos imprecisos, su ubicación, en ocasiones sus características físicas. Siempre era una empresa difícil, pero no imposible.

El primer recuerdo que poseía era el del vínculo que se había consolidado entre Patme y yo. La energía fluyendo entre nosotras, tan implacable como el fuego. Una espiral de magia que une de por vida y solo se quiebra con la muerte.

—¿Qué queréis decir?

—La niña está en Bellum.

Perdí la compostura.

—Maldita sea.

Capítulo 2



El sol se filtraba como pequeñas gotas de luz, dando la bienvenida a un nuevo día. El que debía ser el día más emocionante de mi vida. El día de mi coronación.

Me levanté de la cama con cuidado para no despertar a Brandon, que se encontraba en un estado cercano al coma, ocupando tres cuartos de la ya de por sí enorme cama. Con un movimiento fluido me puse mi bata de seda blanca, cerré el cinturón hasta amoldar la prenda a mi cuerpo desnudo, y salí al balcón.

La belleza del paisaje era embriagadora.

Años atrás, durante mi preparación, tuve el privilegio de viajar con Patme en misiones diplomáticas por todos y cada uno de los planetas habitables en nuestro sistema. Visité desde las marismas insondables de Nácar hasta los templos sagrados de Elohim, decorados con tantas piedras preciosas que al mirar directamente el reflejo del sol en las paredes podías quedarte ciega.

Pero ninguno era como Eter.

Eter y sus cuatro reinos, uno por cada elemento.

La tierra del fuego, Ignia, con sus resplandecientes dunas doradas, mecidas en remolinos por el viento. Su polvo de oro se pegaba a la piel de los ciudadanos, que siempre parecían cubiertos de brillantes. Era el rasgo distintivo de los Ignios, criaturas orgullosas que habían mantenido la costumbre de adherir este polvo a su piel, aun cuando salían de su bella ciudad.

El viento de Arvel, la ciudad de la música. Desde el primero hasta el último peldaño de la ciudad se situaba en la montaña, plagada de cristales violáceos. Cuando el viento tocaba los cristales, estos emitían sonidos que variaban en función del punto cardinal del que procedía. Así, el viento que llegaba del este susurraba melodías tranquilas y sosegadas, mientras que el del oeste tronaba en los oídos de los arvelios como un dios malhumorado.

Los Lagos, símbolo del agua, en todas sus formas y colores, del más profundo tono marino al rosa más pálido. Una tierra apacible donde se podía encontrar a todo tipo de criaturas acuáticas conviviendo con los humanos. Por supuesto, no solo había seres de agua en Los Lagos, también vivían en los otros tres reinos; sin embargo, la comunidad acuática: sirenas, ninfas, ondinas... parecía más a gusto permaneciendo unida.

Y mi querida Astra. La tierra. La ciudad que fue mi hogar, la que me acogió cuando yo ni siquiera sabía mi nombre. La culminación de la magia. Fértil, viva, salvaje.

Desde el balcón de mi habitación, solo alcanzaba a ver una pequeña fracción del reino. El castillo se encontraba fusionado con el bosque, como una extensión de este. Las paredes y suelos eran de nudosa madera, y los techos variaban en función de la época del año. En la estación de lluvias se cubrían de amplias hojas por las que discurría el agua, como si fueran canalones; en la floración se adornaban con chispeantes flores de temporada, preservadas gracias a la magia, y en las noches calurosas se retiraba la cobertura para dejar paso a la brisa.

Eter se diferenciaba de los otros planetas porque no era artificial. Mi planeta era el original, de donde procedían todos los seres antes de que emigrasen a otros puntos del sistema, a planetas adaptados como Bellum, Nácar, Kapital o Elohim. Y, en contra de lo que podría parecer, Eter no se mantuvo como centro del poder. Ni siquiera había bastado para ello la presencia del Sauce.

El mando fue trasladado a Kapital. Sus gobernantes fueron los que, muchos años atrás, promovieron, desde Eter, la transformación de los demás planetas hasta hacerlos habitables. Los cuatro tenían lo indispensable: la estrella adecuada, la masa suficiente, y una órbita y rotación idóneas. Del resto se podían ocupar con magia. Así que, tras años de luchas encarnizadas que derivaron en la Segunda Guerra, venció el expansionismo y así se consolidaron las fuerzas de los planetas.

Noté unas manos firmes que tocaban mis caderas, acariciando la suavidad de la tela. Me giré hacia Brandon y me lo encontré con los ojos entrecerrados y el pelo oscuro revuelto, somnoliento. Las ojeras y la barba descuidada le daban aspecto de necesitar dormir durante tres días seguidos.

—Que pronto os habéis levantado —murmuró, acariciando mi cuello con su nariz respingona.

Yo le sonreí, tensa. Lo más difícil siempre era enfrentarlo al día siguiente.

Brandon y yo nunca hablábamos de sentimientos. Lo nuestro tan solo era necesidad, una distracción de las obligaciones.

Siempre quise ser reina y siempre supe el coste que suponía. Devoción, esfuerzo, sacrificio... El reino antes que nada. La seguridad de mi gente por encima de todo. Incluso por encima de todo lo que yo era.

Lo que yo era...

Que ironía tan amarga.

No recordaba quién era yo, solo sabía quién debía ser y eso era lo único que importaba, porque pesaba una responsabilidad enorme sobre mis hombros, porque estábamos en guerra con Bellum y no me podía permitir ninguna debilidad. Porque si fallaba...

Si fallaba los condenaría a todos.

—Debería vestirme... —susurré agachando la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

Brandon suspiró. No era la primera vez que pasábamos por esto.

En absoluto me avergonzaba haber pasado la noche con él, pero... Lo que por la noche parecía tan fácil, de día, no lo era tanto.

Cuando me decidí a mirarlo, pude ver desconsuelo en sus ojos pardos y la culpa me trepó por la garganta, impulsándome a prometer unos sentimientos que no estaba a mi alcance escoger. Por primera vez, mi rechazo pareció dolerle y yo no pude evitar establecer un símil entre lo que él debía de estar percibiendo en mí y lo que en algún

momento debió de sentir con su madre. Una parte de mí quería dar consuelo a ese niño que se sentía desplazado, regalarle la promesa que quería escuchar, pero no habría sido sincera. Así que dejé que se diera la vuelta para marcharse. Pero se giró antes de llegar a la puerta.

—Sé que no es el momento, pero deberíamos hablar de esto —comentó, señalando con el ceño fruncido el espacio que había entre los dos—. Quizá no mañana, ni pasado. Solo... Pensadlo.

—Brandon, sabes que por nada del mundo querría hacerte daño. Podemos terminar con esto... si te causa dolor —le dije, sosegada—, pero no puedo prometerte nada más.

—Yo podría ser la persona que necesitáis a vuestro lado en esta guerra. Podría ser algo más que una aventura nocturna, si me dierais la oportunidad —dijo, aproximándose como si yo fuese un animal salvaje.

Levanté una mano para que se detuviera. No podía enfrentarme a él en ese momento. Lo miré, esperando que comprendiera. No sé si lo hizo, pero se dio la vuelta y, esta vez sí, cerró la puerta al marcharse.



Las ayudas de cámara me colocaron la capa a juego con el vestido. Era de una preciosidad nívea. El suave tejido de seda se ajustaba perfectamente a mis curvas, dejando una profunda abertura en el pecho, ribeteada con diamantes que descendían hasta dividir sus rutas por la falda. La cola kilométrica del vestido ardía con llamas azules en el bajo. Fuego mágico, diseñado para no quemar, pero que creaba un efecto precioso al hacer destellar las piedras preciosas.

Me habían hecho un recogido en el pelo. Algo inusual, puesto que yo siempre prefería llevar las ondas sueltas y un poco salvajes, aunque el resultado, en conjunto, me pareció que era justo lo que pretendía transmitir. El complicado recogido entretejía los mechones de pelo castaño, dejando al descubierto mi largo cuello pálido. El maqui-

llaje acentuaba mis ojos, del color del cristal empañado, mientras que para los labios habían escogido un disimulado tono marrón, que les daba un aspecto bastante natural. Parecía sobria y segura, incluso más mayor. El espejo devolvía la imagen de una reina.

Ese día todo cambiaría. No solo por la coronación. Eso era importante, y, sí, me ponía los nervios de punta, pero había algo más.

El anillo.

Laqua lo llamábamos las pocas que todavía recordábamos su historia.

La fuente secreta de poder del reino, el motivo por el que, todo este tiempo, yo había tenido que entrenar en secreto, que esconder mis poderes.

Me contemplé en el espejo. Lo que reflejaba era quien tendría que ser a partir de ese momento, la reina que mi pueblo necesitaba. La ceremonia sería una despedida, una suerte de renacer.

La puerta se entreabrió y asomó un cuerpo orondo, cubierto por una fina túnica de austero gris.

—Me dijeron que podía pasar sin peligro —dijo el Sabio Colum, con su acostumbrada afabilidad—. No ha habido reina más bella que vos, señora.

—No necesitamos belleza para ganar esta guerra —contesté, invitándolo a pasar—. Hará falta mucho más.

—Por banal que pueda parecernos, no es algo que se deba subestimar en estos días. La belleza bien usada puede ser más letal que cualquier arma. Y os traigo algo que va a requerir de todas las que podamos disponer.

Me tendió cuatro sobres, cada uno con un sello distinto. Los cuatro habían sido abiertos.

El Sabio Colum, junto con los otros miembros del Consejo, se ocupaba de las cuestiones burocráticas de los cuatro reinos, de las necesidades y conflictos menores. Eran las personas en las que más confiaba Patme (si es que había llegado a confiar en alguien en algún momento) y yo no tenía intención de reemplazarlos. Sabía que necesitaría su asesoramiento.

—La primera es de Bellum. —Me dispuse a leerla—. El Canciller os felicita por vuestro ascenso al trono y os invita a pasar el tiempo que gustéis en su capital, en el castillo de Ével, para tratar de llegar a un acuerdo de paz. Proponen una tregua. Dice que su pueblo está cansado de las contiendas, que está dispuesto a negociar una alianza entre los planetas.

Se me escapó una risa amarga.

—¿Qué estará tramando ahora nuestro querido Canciller? —pregunté—. Esto no son más que patrañas.

Colum esbozó una sonrisita de reconocimiento.

—El Consejo en su mayoría tampoco cree que la misiva sea sincera. No obstante, hay algunos miembros más benevolentes que creen que el fin de esta guerra podría estar cerca.

—¿Por qué iba el Canciller a renunciar tan fácilmente al control del Sauce? —Negué con la cabeza—. No, no creo una palabra de esa carta.

—Sin embargo, eso nos devuelve a vuestra primera pregunta: ¿qué trama el Canciller? —repitió mirándome con interés—. Tenemos distintas teorías al respecto, he de decir que una por cada miembro del Consejo.

—Quizá lo que quiere es una reina novata a la que engañar fácilmente.

—No os subestiméis, querida, la vida es actitud más que aptitud. —Hizo un ademán impreciso con la mano—. Debemos decidir cómo proceder. Pero eso será después de la coronación —convino dedicándome un guiño—. Agarraos del brazo de este anciano.

La carta del Canciller era una sarta de mentiras y no solo porque Bellum fuera una planeta que adoraba el conflicto, ni porque toda su religión girara alrededor de la guerra, simplemente no tenía sentido que se rindieran.

Bellum estaba ganando.

El Canciller quería el control del Sauce porque el Sauce era poder, el poder de decidir quién vivía y quién no.

Llevaba años realizando incursiones devastadoras en Eter. Pequeñas ciudades, pueblos, aldeas... Nunca se sabía

dónde iba a destinar sus fuerzas, dónde sería el siguiente ataque, a quién iba a masacrar. Nosotros no teníamos una organización militar como la suya, solo contábamos con una magia cada vez más debilitada... Con cada nuevo asalto, nos desmoralizaba. Jugaba con nosotros haciéndonos sangrar ante la pasividad de Patme.

Patme...

Fue una buena reina, una reina justa que no creía que debiéramos presentar batalla. Ella pensaba que las salvaguardas protegerían el reino, creía que su poder sería suficiente para aguantar hasta que Bellum se cansara de luchar.

Pero se equivocaba.

Bajamos las escaleras que conducían al salón del trono, envueltos en nuestros pensamientos, y Colum se separó de mí en la puerta, dejándome sola frente a la multitud.

Espalda recta, mentón alto. Manos entrelazadas sobre la suave tela.

«Para esto te han preparado. No estás nerviosa. Finge. Tranquila.»

Dejé escapar una exhalación entrecortada. Esa fue la única muestra de nerviosismo que me permití exteriorizar mientras recorría la distancia hasta el trono. Sentía las miradas de todos los presentes clavadas en mí, evaluándome, decidiendo si sería suficiente, si podría con el peso del deber.

Sentada en el trono de madera plateada se encontraba Patme.

No la Patme real, que no era ya más que polvo. No, esta era una ilusión creada por la magia, aunque su presencia resultaba igual de perturbadora.

Debía quitarle la corona y ponérmela a mí misma.

Cada paso que daba parecía sumergirme en un recuerdo distinto, como si una maldición de nostalgia sobrevolará mi cabeza.

Sus dedos, trenzándome el pelo al anochecer.

Un paso.

Las canciones a la luz de la hoguera. Ninfas y duendes bailando al son de las llamas.

Otro paso.

Las madrugadas en las que hallaba refugio a su lado después de una pesadilla.

Otro más.

Pero mi rostro era una máscara de serenidad.

Me situé frente a ella y la imagen se levantó con unas maneras tan propias de la mujer que conocí que tuve que controlar las lágrimas y procurar no derrumbarme a sus pies, como lo habría hecho la niña que ella encontró hacía ya tantos años.

La miré a los ojos, con los míos cargados de culpa, mientras le quitaba con suavidad la corona para ponerla sobre mi cabeza. Y, con este sencillo gesto, su cuerpo se convirtió en humo, se dispersó en el aire y fue como verla morir de nuevo.

Me senté en el trono con la espalda erguida y las manos reposando con aparente comodidad sobre los brazos del asiento, del color de la plata líquida, contemplando como en el salón todos se inclinaban ante mí.

Los miembros del Consejo avanzaron hasta rodear el trono, en una coreografía de la que algunos ya eran veteranos. El Sabio Colum se adelantó y, con una reverencia, me ofreció una cajita redonda, adornada con perlas y pequeñas caracolas de traslúcido cristal azul.

Abrí con delicadeza la caja y ahí estaba: Laqua.

Para todos los miembros de la sala era solo un anillo más. Una parte de la tradición de la ceremonia de coronación. Pero para mí... para mí ese anillo era el arma más poderosa que existía.

Un aro de madera con vetas de oro que, al alcanzar el centro, formaban una pequeña pirámide en la que se engarzaban gemas de un negro insondable.

La leyenda de Laqua era un secreto guardado con celo, era la protección que nadie conocía y el verdadero motivo por el que Eter no había sucumbido todavía.

Se transmitía solo de reina a reina, sin intermediarios.

Tomé el anillo y lo deslicé por el dedo anular de mi mano izquierda.

Un escalofrío.
Y después.
Todo.